



ERICK S. MAYORA

La voz de las comunidades

## “Especialmente amigos”

Erick S. Mayora\*

En Virginia Díaz —o la maestra Virginia— confluyen fe, vocación y deseo de servir. Por ello, muchos niños especiales del suroeste de Caracas encuentran en ella a un ser solidario que los ayuda a crecer

**E**n el mes de mayo la parroquia Antímáno, al suroeste de Caracas, celebró 392 años de fundada. Las comunidades que la conforman padecen diferentes problemáticas: pobreza, inseguridad, déficit en la recolección de basura, deterioro de la vialidad, entre otros.

Estas dificultades terminan opacando iniciativas alentadoras y muy positivas emprendidas por muchas de las personas que hacen vida en estos sectores populares. Virginia Díaz es una de esas personas que, por diferentes motivos, hoy realiza una gran labor que paradójicamente está revestida de sencillez y austeridad.

En la calle El Carmen, de Antímáno, muchos la conocen. Basta con preguntar dónde vive la *maestra Virginia*, para que las personas te orienten sin titubeos. Después de pasar varios kioscos, locales de comida y algunos contenedores de basura, entre las casas del sector está la residencia de Virginia. Es una casa amarilla, modesta, de tres pisos. Ella vive en la segunda planta, que tiene entrada independiente. Si tras cruzar la puerta subes las escaleras, vas a dar directamente a la pequeña sala de la casa. En una esquina se sienta la maestra Virginia. Su ubicación es estratégica. Desde su escritorio, repleto de cuadernos, puede observar todo y a todos. Unas cuatro o cinco mesas acogen

a los pequeños –y no tan pequeños– que hacen las tareas asignadas por Virginia. Además de un par de personas que ayudan a la maestra, hay como 16 *chamos* trabajando cada quien en lo suyo. No asistieron todos porque amaneció lloviendo. Algunos dibujan, otros hacen caligrafías o sacan cuentas y otros terminan las manualidades que obsequiarían el Día de las Madres.

—Hola, Virginia. Buen día. Mucho gusto.

—Hola, Erick. Bienvenido. Pasa y siéntate por aquí; ya te atiendo.

La *maestra Virginia* tiene 54 años. Es técnico superior universitario en Dificultad del Aprendizaje y Problemas Emocionales, egresada del Instituto Nacional de Psiquiatría Infantil (Inapsi), actualmente Colegio Universitario “José Lorenzo Pérez Rodríguez”.

Nunca ejerció como especialista, pero durante 25 años se desempeñó como maestra de preescolar en un colegio y luego, por cinco o seis años más, laboró como profesora de música y pastoralista en un colegio de la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC), sumando así más de treinta años de experiencia pedagógica y de trabajo con los niños.

Pero además, y aquí el punto clave de esta historia, tiene tres hijos: Evelín, de 34 años, Douglas, que este año cumple 20 y María, que tiene 17. Douglas, el del medio y su único hijo varón, vino al mundo con síndrome de Down, razón por la que la *maestra Virginia* hoy marca la pauta en la vida de unos cincuenta niños (y no tan niños) especiales que, de lunes a jueves, y los sábados, acuden a su casa con el objetivo de crecer cada vez más.

—Virginia, ¿cómo comenzó todo este trabajo con los niños especiales?

—Como en 2011 yo me caí, tuve problemas con mis piernas y, producto de eso, estuve en rehabilitación un tiempo. A raíz de ese problema, se me va a declarar incapacidad laboral porque ya no puedo trabajar. ¡Imagínate! Yo, trabajando tantos años, me caigo y resulta que no puedo seguir con la misma dinámica. Yo siempre he hecho planes vacacionales, he dado tareas dirigidas, o sea, yo siempre he sido activa y, de verdad, me pegó mucho el no poder hacer todo lo que hacía. La doctora que me atendió me refirió a la psicóloga y a la psiquiatra porque caí en depresión.

Entonces, ese mismo año, quería hacer algo. Yo veía a Yoel, a Walter, a David (todos con síndrome de Down) que estaban desescolarizados, que eran de aquí de la comunidad y que necesitaban ayuda. Viendo eso y toda mi experiencia con Douglas, lo positivo que había sido tanto lo que él había recibido en el colegio como lo que yo podía enseñarle acá en la casa, quise que otros niños, que otras personas con una situa-



ERICK S. MAYORA

ción parecida y que no están escolarizados, tuvieran la oportunidad. Entonces comencé los sábados, pero solo con cuatro niños.

—¿Qué pasó entonces que has llegado hasta acá? ¿Cómo creció la experiencia?

—Poco a poco fueron viniendo representantes y representantes; y viendo que venían tantos decidí abrir más turnos. Hoy, entre las tareas dirigidas y la atención a los niños especiales aunque todos mis niños son especiales, trabajo mañana y tarde, de lunes a jueves, y un rato los sábados. Los muchachos son de acá de la comunidad, pero también tengo de Caricuao, de la Carretera Vieja de Los Teques, de San Martín, de Carapita.

Si mi psicólogo se entera le da un... porque me dijo que yo podía hacer esto, pero que bajara dos días nada más en la semana.

Así, la *maestra Virginia* atiende hoy aproximadamente a cincuenta niños especiales, y a varios que ya no son tan niños. Su servicio pareciera no tener muchos límites: recibe a chicos con déficit de atención, dificultad para el aprendizaje, síndrome de Down, autismo, hiperquinesia, hiperactividad, entre otros diagnósticos. Y es que cada vez que le llega un nuevo caso, por más complicado que sea, Virginia lo primero que piensa es: “Cómo le digo yo a esta mamá o a este papá que no los puedo ayudar”.

Varios elementos motorizan esta experiencia. Virginia es católica y desde hace muchos años ha tenido una vida activa como agente de pastoral. No piensa mucho para afirmar que los valores cristianos han sido esenciales en este trabajo que realiza, pues asegura que Jesucristo la motiva cada día.

Además de la fe cristiana, Virginia tiene vocación para la enseñanza y, muy especialmente, para el servicio; lo dice su historia profesional, pero también puede constatarse en las razones

que la motivan a desarrollar esta labor, en el tipo de relación que establece con cada uno de los niños que asisten a su casa para formarse, en la manera en que se dirige a ellos, en el tono en que les habla y en la forma como revisa cada uno de los cuadernos de sus pupilos.

—¿Sí avanzan, cognitivamente, acá contigo, Virginia?

—Sí, mucho.

—¿Cómo lo verificas?

—La mayoría llegó acá en cero. Muchos no sabían *ni la o por lo redondo*. Ahora, mira, revísales los cuadernos para que veas lo que hacen. Claro, el proceso es lento, pero fíjate que avanzan tanto que ya uno de ellos sabe multiplicar. Dilia, por ejemplo, se está iniciando en la división a través de la multiplicación. ¿Tú te imaginas que ella hubiese tenido esa oportunidad de estudiar desde pequeña? Ella tiene 28 años y no ha recibido educación formal. Ninguno de los que están acá recibe educación formal.

—Entonces, ¿por qué algunos llevan uniforme escolar?

—Yo les digo a ellos que vengan en uniforme para que no estén gastando tanta ropa. Esos uniformes fueron donados y se los repartimos para que los usaran. Pero, además, eso también les permite a ellos sentirse más comprometidos y sentir que verdaderamente vienen a estudiar.

—¿Con quién cuentas en este trabajo? ¿Quién te echa una mano?

—Hay mucha gente que nos ayuda. En estos días, por ejemplo, los vecinos de acá (señalando hacia la calle) nos invitaron a una fiesta. Me llevé a ocho de ellos solamente, a los más grandes. No los podía llevar a todos. En ese gesto se puede ver cómo la comunidad también participa de este proceso que ellos están viviendo. Cuando tenemos alguna fiesta, alguna reunión, el cumpleaños de alguno, yo les paso mensajitos a mis amigos, a los que viven aquí cerca y todos se abocan, se presentan con una piñata, con refrescos.

La comunidad es increíble. A muchos yo solo les digo ‘miren, tenemos el cumpleaños de fulanito’ y no hace falta que diga nada más. Tengo muchos amigos que están constantemente colaborando. Gente de la Iglesia también se presenta con juguetes, con regalos. Los jóvenes de la iglesia Nuestra Señora del Rosario, de aquí de Antímano, también me ayudan sin cobrar ni medio. Les han traído música, les cantan. Ha venido gente a prepararles fiestas.

—¿Se ha dado algún acercamiento o propuesta de autoridades gubernamentales, Virginia?

—Hay una propuesta gubernamental por ahí de crear, en un liceo de la zona, un aula para

estos niños especiales. Yo no he estado de acuerdo con eso y hablaría con mis mamás para que no estuvieran de acuerdo tampoco porque el ambiente no es el más adecuado y porque ellos no son un coroto que arriman a un lado; ellos se merecen un lugar adecuado, digno, especial para ellos. No podemos volver al pasado, donde muchas madres escondían a sus hijos especiales. Tenemos que ir hacia adelante.

—¿Por qué no has creado una fundación?

—En un principio yo no quería porque no imaginé que esto iba a llegar a tanto. Hay mucha gente que está detrás de mí, como invitándome a que hagamos la fundación. A pesar de que no somos fundación, ellos se llaman *Especialmente amigos*. Y bueno, es algo que ya hay que ir pensando porque, fíjate, se ha dado a conocer tanto esta experiencia que en diciembre recibieron regalos y tuvieron fiestas como no tienes idea. Y ellos felices.

Desde el primero de diciembre en adelante no salieron de una fiesta. Entonces la gente me dice ‘fíjate, sin tener la fundación mira todo lo que ellos reciben, imagínate teniéndola’. Me dicen que cree la fundación para hacer la experiencia más formal. Hasta me donaron el techo de la platabanda, porque ahí es donde hacemos muchas de las fiestas y actividades recreativas para ellos. Y, como necesitaríamos arreglar el piso, acondicionar el lugar, hacerles unos bañitos —por ahí tengo unos lavamanos que me dieron para eso (acota entre risas)—, la idea de la fundación ha ido agarrando fuerza.

—¿Qué te ha dejado esta experiencia, Virginia? ¿Cómo la resumirías brevemente?

—Esta experiencia me ha ayudado muchísimo. Yo digo que nada es casualidad. Soy muy católica y pienso que Dios me tenía esto destinado. Veo que es una gran ayuda para los papás, que muchas veces están desesperados y no saben qué hacer. Pero, además, ver la sonrisa de estos niños, ver que vienen, te abrazan, te besan, eso me conforta, me da una fuerza enorme. Eso me llena plenamente. Viste a ese niño que se acaba de ir. Hoy es su primer día y qué me dijo cuando se fue: ‘Maestra, te amo’. Eso para mí es... Tú los ves y ves esa ternura. Fíjate, estos son novios (dice señalando a Walter y Ruth, que tienen síndrome de Down) y ves que no hay malicia, esa malicia que uno tanto ve en la calle, ves que verdaderamente hay algo especial en ellos.

Mientras la *maestra Virginia* pronuncia estas palabras, que van cerrando la conversación, mira con detenimiento a Douglas, lo observa profundamente como contemplando en él las razones por las que se ha lanzado a vivir esta aventura que, a su juicio, *durará hasta que el cuerpo aguante*.

\*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.